

Andrés Ibáñez

LA MÚSICA DEL MUNDO

NOVELA



Si hay un autor de culto en la literatura española es Andrés Ibáñez. Su obra —novelas, cuentos orientales, incluso libretos de óperas—, influida por autores como Borges, Nabokov o Cortázar, suelen presentar universos paralelos, realidades escindidas, hombres y mujeres en busca de su auténtica alma y reivindica constantemente la capacidad sanadora de amor y la fuerza de la imaginación para cambiar el mundo o para crear nuevos mundos.

Un joven de misterioso pasado, Block, y su amigo Jaime buscan en la nación imaginaria de Países una entrada a la fabulosa Región Confabulada, de la cual hay múltiples pistas en las Biblioteca Nacional, la embajada de Estonia, etc... Al tiempo se trenza una historia de amor entre Block y Estrella, en los fantásticos lugares de la ciudad, el Parque Servadac, habitado por todo tipo de seres míticos...

La música del mundo, agraciada con el premio Ojo Crítico, es una novela llena de magia, fantasía y referencias literarias. Raras veces se encuentra en la literatura española contemporánea una novela de tal ambición y capacidad creativa. Ibáñez levanta con la fuerza de su imaginación todo un país, con su historia, geografía, sus próceres y su idiosincrasia, un curioso país centroeuropeo, reflejado en un texto donde se vislumbran reminiscencias de *Rayuela*, las vanguardias, Nabokov y muchos otros autores. En muchas partes prolijo y moroso, quizás demasiado lento, se le puede achacar que peca de carecer de un argumento claro y de mostrarse en forma demasiado «bruta», como si fuera un derroche de creatividad no pasado por la inevitable exigencia de una mínima intriga y de un progreso narrativo. De todas formas, es un libro de alta calidad, donde se pueden encontrar reflexiones sobre arte, música, literatura, además de ser todo un manifiesto de Ibáñez sobre su visión del género fantástico. El autor, como en sus otros libros, reivindica

los cuentos de hadas y la fantasía más desbordada. También un concepto un poco elitista de la literatura. No es una novela fácil de leer, no solo por la ya citada ausencia de argumento y de construcción novelesca convencional, sino por las referencias a otros autores y novelas. De todas formas, una vez dentro de ella, te sientes transportado a un mundo nuevo, que deseas ir descubriendo de la mano de una prosa detallista y barroca, que no evita el surrealismo en ocasiones.

Para Mariajo

«*in faerie lands forlorn...*»

KEATS

EL SOL DE VIENA

1

la historia comienza con un muchacho que coge un tren al anochecer, con un viejo escritor que espanta a una polilla del círculo de luz y derrama una copa de vino sobre la hoja de papel, con el cielo azul y pálido de Viena y el cielo rosado de Países, combados y unidos en lo alto por la convexidad de un firmamento imaginario —y sobre el que flotan una mirada triste, un brazo en escorzo, una pluma nerviosa...

al principio de *Das Klagende Lied* se oyen los siguientes temas: primero, un motivo rítmico y sombrío de los violonchelos y contrabajos:

y luego un motivo del oboe:



los dos motivos establecen el clima de calma tensa del principio de la historia: sabemos, inmediatamente, que algo va a ocurrir... el motivo de las cuerdas se apoya en el suelo, en la profundidad del bosque; de allí es de donde surgirá la historia: es un motivo «progresivo»... el motivo del oboe, planeando lentamente como una hoja seca sobre un trémolo de violas que es la cortina vegetal del bosque, es un motivo «regresivo», ya que hace referencia a la historia pasada, a la infinita tristeza de algo que ha sucedido «antes» de que comenzara a sonar la música y es ya irremediable: por eso empieza y termina en la misma nota, como un floreo inútil que no lleva a ningún sitio... en seguida el motivo «progresi-

vo» de las cuerdas comienza a avanzar, desarrollándose en secas corcheas *staccato*, y luego las corcheas, como pasos que se hacen cada vez más audibles, se convierten en negras... crecen los trémolos de las cuerdas, las maderas se van introduciendo con golpes rítmicos que luego van dejando notas pedal suspendidas a distintas alturas, y los metales añaden llamadas sombrías, siempre avanzando por los escalones grises o azulados del acorde inicial de *do* menor: el clímax, una furiosa figura descendente de los violines, no lleva a ningún sitio, y vuelve a terminar en la nota del fondo del bosque, tocada por arpas, fagot, tuba y contrabajos en la región más grave... pero entonces algo sucede: suena la primera música «humana», una romántica fanfarria de cazadores entonada por las trompas:



el *do* del fondo del bosque se ha convertido en dominante, y las trompas entran en una nueva tonalidad: aquí comienza realmente la historia... pero la «ventana mágica» abierta entre la vegetación, a través de la cual hemos oído la melodía de las trompas, se ha abierto sólo un momento... continúa un breve coral de oboes y el motivo del fondo del bosque, que suena ahora en la altura de las flautas; episodios entrecortados que terminan en sí mismos y que no consiguen salir de la inmovilidad anónima de la naturaleza, como por ejemplo:



esto que resuena ahora es el puro sonido del bosque, sonido natural, sin sentido, ni dimensión, ni barra de compás, un espacio sonoro que no es todavía la música, sino el lugar donde puede empezar a sonar la música... hay demasiados compases, ¿para qué esperar tanto? es como la naturaleza: no tiene prisa, no le importa el tiempo... y de pronto,

cogiéndonos por sorpresa, los violines, como antes habían hecho las trompas, saltan a la luminosa tonalidad de la subdominante, y con toda naturalidad empiezan a cantar su melodía:



es una melodía romántica y soñadora, como las palabras iniciales de un cuento de hadas; en seguida aparece una melodía similar en los oboes, aunque menos imaginativa... y el bosque las recoge a ambas como un eco sin sentido hasta que poco a poco la música desciende de nuevo a la profundidad inmóvil de los helechos y los mirtos:



otro episodio de la naturaleza: una flauta y un oboe empiezan a cantar dos melodías en un contrapunto lánguido y caprichoso que se desliza a través de *fa menor* hasta *sol sostenido menor*, donde el oboe entona un motivo funeral, resuelto maravillosamente por la flauta en la tonalidad de *mi* —y es entonces cuando aparecen en el flautín, oscilando como un rayo de luz entre *mi mayor* y *mi menor*, las delicadas tracerías que tanto gustaban a Block... el movimiento de las copas de los árboles hace ondular las columnas de luz, *mi mayor-menor* se convierte en *do menor*, y luego en *fa menor* (otro rápido cambio de luz: es la brisa, que arrastra las nubes por encima de las copas de los árboles): el oboe, como un heraldo triste, anuncia de nuevo el motivo funeral... parece que la música del bosque conoce ya toda la historia, desde mucho antes de que suceda:



el flautín desliza un último rayo de luz pálida, y entonces la contralto comienza a cantar: «*Beim Weidenbaum, im hüh-*

len Tann, da flattern die Dohlen und Raben...»

éste era el comienzo de *Das Klagende Lied*, la obrita juvenil de Mahler que tanto gustaba a Block, y cuya partitura compró y estuvo luego hojeando sentado en un banco del Stadtpark la tarde que se marchaba de Viena... la música de *Das Klagende Lied* no es especialmente vienesa, pero en la imaginación de Block, todo ese ajedrezado de melodías tristes y sensuales, de *ländler* aldeanos y fanfarrias románticas eran Viena, quizá no la «Viena terrena» (digámoslo así), pero sí la «Viena celeste», su «Viena interior», y le resultaba por eso especialmente placentero estar allí sentado en el Stadtpark tomando el sol y leyendo la partitura, mientras las palomas de Viena bajaban planeando y se ponían a caminar por allí cerca de sus pies entrecruzados, como esperando que les echase migas de pan...

después de inventar alguna excusa para quitarse de encima a Carlota, algo por el estilo de ir a recoger su viola del *luthier* o comprar una caja de fruta confitada para el viaje, Block pasó su última tarde en Viena paseando a solas por la ciudad y despidiéndose silenciosamente de los palacios y los parques... era una hermosa tarde de verano, especialmente cálida y perfumada —las cigüeñas todavía planeaban alrededor de la torre de la catedral... en el tranquilo cielo del oeste brillaban constelaciones benignas, y el sol iluminaba el final de una hermosa época del mundo...

bajo los vuelos de las cigüeñas y los planetas pálidos de Viena, bajo las torres de bronce y los campanarios dorados, sentía el correr de los años, el viento de la vida, la música del tiempo... no sólo se despedía de Viena; el crepúsculo orquestal que llenaba de rojo y rosa la parte oriental de la bóveda se llevaba también años felices, ocasiones perdidas... había llegado a Viena huyendo, hacía casi dos años, y luego se había visto atrapado allí sin desearlo: el carácter excéntrico de algún miembro de su familia, un bolsillo vacío en el peor momento y sobre todo un alce devorado por un oso gris en medio de un lejano bosque oriental (si es que toda-

vía es posible explicar la historia a través de la heráldica tal como se hacía en tiempos de Shakespeare) le habían confinado en la Viena gris y nevada de finales del invierno, y por esta causa nunca había sentido simpatía por esa ciudad que el destino le había impuesto —no había deseado amar en Viena, no había deseado ser feliz en Viena... ahora, caminar en soledad por las calles como un turista desocupado, le producía un deleite extraño y amargo... siempre se ama lo que se pierde; las campanas de los campanarios parecían bajar rodando del cielo un mensaje de adiós; las palomas levantaban el vuelo a su paso y se perdían en la inmensidad rosada, una inmensidad como el amor... cómo veía ahora los palacios y los parques de Viena, qué fácil era pasear por sus calles bulliciosas y alegres: cada nenúfar tenía su flor entreabierta, cada fuente tenía su nenúfar, cada glorieta tenía su fuente, bajo la sombra de los castaños gigantes... «*Ade! du muntre, du fröliche Stadt, ade! / Ade, ihr Bäume, ihr Garten so grün, ade!*» ¡adiós! decía el poema de Rellstab, «tú nunca me habrás visto tan triste», y sin embargo, ¿por qué era tan alegre la música? ¡adiós! gritaba la alondra sobre las mieses, y luego sobre la casa en construcción, con su arbolito en el último piso, frente a la cual Schubert y sus amigos cantaban una serenata; ¡adiós! cantaban las cigüeñas de Viena, sobre los tejados y las veletas doradas, ¡adiós! tocaban las campanas ¡adiós!... caminando sin cesar, entró en Breitkopf & Hartel y compró la partitura de bolsillo de *Das Klagen Lied*, donde estaba encerrada para siempre esa Viena feliz de húsares, valeses, cacerías y oropéndolas volando sobre el claro donde juegan las liebres... una melodía de la flauta *piccolo*, sobre las líneas verticales de las violas y clarinetes, era para él los rayos del sol filtrándose a través de la cortina vegetal del bosque:



se acercaba la noche, y comenzaba a invadirle el nerviosismo y la excitación del viaje... todo el día llevaba una idea rondándole la cabeza: ¿sabía Carlota que se iba de Viena esa misma noche? durante los días anteriores se lo había insinuado un par de veces, pero ella no le había creído, o había aparentado no creerle... esa misma mañana se lo había dicho de nuevo, cuando ella estaba todavía medio dormida y cubierta hasta las cejas con su gran edredón color arándano, y ella le había contestado con un débil «sí, sí, querido, de acuerdo» que no sabía muy bien cómo interpretar... el resto del día apenas se habían visto... esa semana les tocaba cocinar a Danielle y a Christian, y como era habitual la dieta se había reducido a té, pan moreno, *spaghetti* y queso de especias para untar: Block apenas había comido, porque los viajes le quitaban el apetito, y Carlota, que estaba haciendo un régimen de adelgazamiento a base de algas, ni siquiera apareció por la cocina... por la tarde los demás tenían ensayo, y Block se había quedado en casa haciendo la maleta... tardó casi dos horas en llenarla, y por muchas combinaciones y distribuciones que intentó, al final tuvo que resignarse a dejar fuera, entre otras cosas, unos pantalones de *crocket* que no pensaba volver a ponerse, una original manta de viaje con bolsillos, tres cojines de terciopelo con bordados de tigres y mariposas y un kinetoscopio que hubiera hecho la felicidad de cualquier museo de juguetes —además de camisas, chalecos, una bufanda de *tweed* y algunos libros... aun después de renunciar a todos estos objetos, por demás preciosos (después de unos minutos de duda había decidido dejar fuera un par de anodinos zapatos de charol y volver a meter el kinetoscopio), parecía imposible que la maleta pudiera cerrarse, pero después de un ligero forcejeo, las piezas de latón encajaron con un alegre clic, las correas se aseguraron a la hebilla y la diminuta llave (que a Block le aterrorizaba perder) giró en la cerradura con un carraspeo convincente... si a la maleta cerrada sobre la cama (una enorme maleta de piel, estilo Transiberiano, de las que ha-

bía comprado su madre en París) añadimos una bolsa de viaje también bastante llena y el estuche azul de la viola (apoyado al pie de la cama) tendremos una visión completa del equipaje de Block...

la tarde parecía infinita, interminable: cansado de andar, se había sentado en un banco del Stadtpark, y había estado hojeando la partitura de *Das Klagende Lied* hasta que el revoloteo de las palomas cerca de sus pies le sacó de su abstracción... le gustaba mucho el Stadtpark, aunque su forma melodiosa y narrativa nada tenía que ver, claro está, con *Das Klagende Lied*... en el Stadtpark había una alegría bulliciosa y contenida, y todo estaba en él dedicado, casi obscenamente dedicado, a Johann Strauss... incluso la estatua de Strauss que estaba en el centro del parque era algo obscena, con ese arco de rosas y ángeles de piedra rodeando al héroe, y ese coro de jóvenes desnudos de ambos sexos, que se entrelazan lánguidamente para reverenciar su violín fálico y triunfal... el Ring, en cambio, tenía una música circular y grandiosa —cuando cruzaban nubes sobre el Belvedere, se oía música de Bruckner...

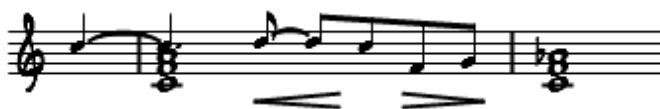
de pronto deseó que su vida tuviera la sencillez y la hermosura de la música de *Das Klagende Lied*, que una melodía expresara cada cosa, cada sentimiento, cada momento del tiempo... en *Das Klagende Lied*, la luz del sol era una oscilación entre mi mayor y mi menor, el fondo del bosque era un violonchelo tocando un *do* en la región más grave, el dolor (*ah, leide!*), una escala de la menor, que descendía desde un *la* triste en la altura hasta un *la* definitivo y melancólico... la angustia de las palabras de la soprano cuando cantaba «oh, hermano, querido hermano mío», se resolvía maravillosamente en una extraña melodía que cambiaba de compás según la respiración afanosa de un pecho agitado:



todo tenía su melodía en la música del mundo, la vida tenía su melodía y también era una melodía la muerte... sí, parecía sencillo... esa tarde, por ejemplo, al mirar el sol del atardecer sobre los tejados de Viena, había pensado: «y el sol iluminaba el final de una hermosa época del mundo», y, de forma inexplicable, se le habían llenado los ojos de lágrimas... la frase tenía su propia música, su movimiento propio de belleza, su propio sentido dentro de la obra de arte de su vida, pero ¿cómo expresarlo con una melodía? imaginaba algo así:



o, simplemente:



pero eran compases perdidos, compases de una obra que nunca lograría escribir... o quizá sí, quizá sí: porque esa tarde sentía que podría expresarlo todo, vivirlo todo... siguió caminando: bajo las hojas melodiosas, por la acera inclinada que parecía descender flotando entre verjas cargadas de glicinas hacia una región de sueños, se sentía caminar por dentro de la vida universal... sentía que era posible que él transfigurase el mundo: abriría un venero en la belleza, diría palabras nunca dichas... la vida era una inmensidad dorada e inagotable, unos jardines elíseos que le esperaban y él podría expresar toda la belleza del mundo —quizá en una novela, quizá en una sinfonía... los Jardines estaban abiertos para él esa tarde, ya se acercaba a los laureles rosa de la puerta, ya se abría la puerta dorada, ya entraba... caminaba ya por dentro de los jardines de la trama: qué dulzura, entonces, qué armonía de su ser con su suceder, todo entramado en el estambre celeste de una vida como un regalo constante en el mundo oído!... cómo veía ahora los pa-

lacios y los parques de Viena: eran sus palacios y sus parques; cada árbol solitario, cada calle, cada ventana entreabierta, tenía su melodía, y él la conocía y la cantaba... cruzó el Burg Gärten, y subió la escalinata del fondo: desde la terraza de arriba, enfrente de esas ventanas acristaladas que parecen un gigantesco invernadero de plantas lunares, se contemplaban los palacios y los parques de la ciudad desde una nueva altura... las ramas de los arces, cargadas de racimos de semillas doradas, se agitaban a su alrededor... la terraza estaba desierta, y la brisa arrastraba las aladas semillas de los arces sobre el jaspe pálido de las losas; todo tenía su música de abandono, viento, soledad y sol... recordó la celestial petición de Wordsworth, «*and I could wish my days to be / bound each to each by natural piety*»... la felicidad, cruel como un rayo de hermosura, le visitaba bajo los árboles de Viena...